

FLORENTINO S. FELIPPONE

(1852 – 1939)

Augusto I. Schulkin

I

Nos cuenta Schulkin ¹ que desde el punto de vista de su comarca, fue un sabio naturalista, autor de obras científicas no superadas aún en el país.

II

Era hijo de Lázaro Felippone y Cruz Bentos, matrimonio residente en la calle Real y Montevideo (esquina NE) finca donde nació en la ciudad de Paysandú el 20 de junio de 1852. Según el acta bautismal, la ceremonia tuvo lugar el 2 de julio siguiente con el testimonio de los padrinos Santiago Peluffo y Josefina Morel.

III

El entonces joven Florentino cursó primeras letras en el afamado "Colegio de Estudios Comerciales" regentado por el preceptor malagueño Juan de Mula y Rojas, eficiente casa de estudios sita en la calle Plata. Su madre dispuso los mejores empeños en pro de la educación de los hijos, imperativo que vino a favorecer extraordinariamente el asedio y rendición de la ciudad, faceta de resonancia continental acaecida el 2 de enero de 1865, que puso término al Sitio de Paysandú por las fuerzas que encabezó Leandro Gómez y le dio el nombre de Heroica a la ciudad. Encontrándose la familia exiliada en Concepción del Uruguay, trágico derrotero de numerosas familias orientales,

¹ SCHULKIN; Augusto I.: Historia de Paysandú, Diccionario Biográfico, Editorial Von Roosen, Buenos Aires, 1958, 3 tomos. Tomo I, páginas 450 - 456.

Urquiza dispuso que la viuda y sus hijos se albergasen en el Palacio de San José mientras persistiera la emergente situación política. Fue a instancias del omnímodo entrerriano que se decidió el ingreso de Florentino Felippone al Colegio Nacional, primer instituto argentino de su índole, donde había de compartir el escaño con los Roca, Villanueva y otros jóvenes que alcanzaron notoriedad histórica en el vecino país. Pasó más tarde al "Seminario Anglo Argentino" o colegio del Caballito (Buenos Aires), propiedad de mister Negrotto, señor inglés dedicado a la enseñanza secundaria, cuyo establecimiento recibió a la mejor juventud de ambas orillas del Plata. Particularmente vinculado con los medios culturales argentinos, debe buscarse el origen de sus futuras especulaciones científicas en el diario trato de sus maestros que lo alentaron para que algún día iniciara el estudio de nuestra flora y fauna rioplatense. Postergados estos justos deseos, pudo realizarlos muchos años después.

IV

Recién en 1872 regresa a la patria, cuando se crea la Universidad Mayor de la República, dice su biógrafo, Luis A. Barbagelata Birabén. *"Tenía entonces Felippone veinte años e inicia sus estudios de medicina, para recibirse de médico en el mes de setiembre de 1882. Época gloriosa de nuestra Universidad incipiente, donde se formaron en sus aulas al mismo tiempo, Jacinto de León, Elías Regules, Angel Brian, Cipriano Martínez, Gregorio Pérez, Pedro Hormaeche, Luis Murguía, Joaquín de Salterain, Ernesto Fernández, Juan Alzadora, José Parietti, Santos Errandonea, Ernesto Fernández y Espiro y muchos otros. De ese grupo selecto se recibieron de médico muchos y solamente llegaron a cumplir sus bodas de oro con la profesión, Florentino Felippone y Jacinto de León.*

V

Como profesional fue un médico de verdad, de recto pensamiento e inmensa comprensión. Fue un apóstol de la medicina. Pertenecía a esas generaciones de profesionales que anteponen a cualquier interés, el interés del enfermo. Que tienen de la vida el concepto claro de su realidad dolorosa y del valor y la influencia de un espíritu bien dotado sobre la angustia del que sufre. Grandeza de alma y amplia comprensión humana, exclusivo privilegio de los hombres de excepción, que nacen y crecen con marcada independencia, marchan en la vida con derecho propio, obedeciendo a impulsos íntimos que llegan de lo alto, sin que los obstáculos o las influencias puedan alterar su ritmo. Ya se perfilaban en el joven Felippone esas virtudes y su talento, cuando al recibirse de médico, el Dr. Carl Brendel, cirujano inglés le dijo: "Muchacho, morirás pobre, pues cuando uno se recibe de médico, tendría que guardar su conciencia en el bolsillo del reloj". La profecía se cumplió, pues murió sin dejar fortuna. En sus comienzos fue Practicante del Hospital Maciel, primer disector de la Facultad de Medicina; médico de Sanidad Marítima; Médico Forense, cargo que desempeñó durante treinta años; Profesor de química de la Universidad y del Ateneo de Montevideo y Subdirector del Museo de Historia Natural.

VI

En el año 1885 fue a completar sus estudios a París, especialmente sus estudios de química, ciencia a la que le consagrara su atención preferente, junto con la Historia Natural. Fue discípulo de Berthelot, el gran químico francés, fundador de la síntesis orgánica. Estudió especialmente Química Agronómica y estableció relaciones valiosas que después cultivó intensamente cuando se dedicó a las investigaciones en Botánica y Zoología. Cuando regresó de Europa le fue ofrecido el cargo de Químico de la Compañía de

Aguas Corrientes de Montevideo, el que fue ejercido hasta tanto se lo permitieron sus fuerzas, durante treinta años de constante y asidua labor de análisis bromatológico. Me parece aún verlo, en marcha para su laboratorio, caminando por la Avenida 18 de Julio, realizando su cotidiano trayecto desde su casa, que realizaba siempre a pie, con paso ligero, saludando con sonrisa bondadosa a tantos amigos como tenía, lo que hacía su camino mucho más largo por sus obligadas paradas y saludos sucesivos. Fue además Médico Perito de los Tribunales y Médico de la Cárcel Penitenciaria. Su espíritu inquieto y su gran talento necesitaba también una mayor expansión y Felippone dedicaba sus horas libres a los estudios científicos. Fue un gran cultor del libro, un apasionado por el estudio, dejando una magnífica biblioteca, en gran parte donada, a su muerte, con todas las piezas relacionadas con la Medicina Forense y Criminal, a la Jefatura de Policía de Montevideo, con el fin de formar y enriquecer el Museo Policial.

VII

La correspondencia científica de Felippone, es inmensa en cantidad y en calidad. Mantenía relaciones con los principales centros científicos del mundo. Ésta fue la razón por la cual el Dr. Felippone, es el único hombre de América al que se le ha dedicado cincuenta y siete especies de algas, caracoles, hongos, líquenes, peces, etc., por sabios de la talla de Bhotrerous, Theriot, Marshall, Dall, H. von Ihering, Lindan, Zahlbruckner, Mattiolo, Saccardo, Lloyd, Rathrun, Horve, Sandwith, Beauverd, Hikens, Bresadola, etc., especialistas de los Museos de Francia, Italia, Rusia, Austria, Alemania, Inglaterra, Suiza, Norte América, Brasil y Argentina. Fue Felippone el que descubrió en Uruguay la filoxera, enfermedad de la vid, con las ventajas consiguientes para la industria enológica. El sabio Profesor del Museo Paulista, H. von Ihering, le dedicó la primera especie: "Lotorium Felipponei". Y en adelante se le dedicaron sucesivamente cincuenta y seis más, lo que

constituye un raro exponente de la capacidad, talento y dedicación del sabio uruguayo. En micología, fue Felippone el primero en América en estudiar a los musgos y sus trabajos han tenido repercusión en todo el mundo científico. El célebre botánico brasileño Barboza Rodríguez mantiene al respecto una nutrida correspondencia con Felippone y lo estimula a proseguir esos estudios. Particularmente mantiene Felippone, relaciones muy estrechas con el sabio francés, príncipe Rolando de Bonaparte, del que recibió como obsequio valioso la obra de Lamarck sobre malacología, ciencia de su predilección. Escribió varias obras sobre su especialidad y una serie de trabajos publicados en revistas nacionales y extranjeras. Sus libros donde resume sus laboriosas investigaciones en Historia Natural, son los siguientes: "Flora Bryológica del Uruguay", publicada en francés; "Contribución a la Flora Liquenológica del Uruguay"; "Contribution a la Flore Mycologique de l'Uruguay"; "Plantas Nuevas del Uruguay". En la publicación "Archiv fue Molluskenkundem, Hert 5, año 1926, colabora con el sabio paleontólogo y malacólogo Dr. H. von Ihering, en estudio de Malacología Fósil del Uruguay, en un trabajo denominado: "Transgression des Meres wahrend des Ablagering der Pampas".

VIII

La vida de Felippone ha sido extraordinariamente fecunda. La extensión de sus trabajos, de sus investigaciones, y de sus aportes a la sociedad son admirables. Ni la ciencia lo obliga a descuidar su apostolado médico, ni la medicina lo absorbe de tal manera que le impida continuar en sus sabias investigaciones. Es que Felippone, es grande por su talento y grande por su espíritu selecto, y lo que en otras mentalidades sería causa y motivo de exclusiones y mutilaciones, en nuestro sabio profesor es un complemento necesario que satisface la amplitud de su alma grande. Por eso lo vemos actuar simultáneamente en química como

profesor y jefe de laboratorio bromatológico; en botánica y zoología, como investigador eminente; en medicina, como forense, íntegro e intachable, como médico familiar, como médico social integrando la Liga Uruguaya Contra la Tuberculosis o Médico del Servicio de Higiene Social de Montevideo. Y todo esto sin perjuicio de estar en relaciones con todos los centros científicos del mundo entero, muchos de los cuales lo designaron "Miembro Correspondiente", como la Sociedad de Historia Natural de Buenos Aires (Argentina), la Sociedad de Ornitología de La Plata (Argentina), la Sociedad de Ciencias Naturales de Chile, la Malacological Society (Londres), La Societé Botanique de Gêneve (Suiza); la Sociedad Científica de Chile, la Sociedad Entomológica de España; el Museo Paulista de San Pablo (Brasil), etc.

IX

Hemos hecho una relación panorámica de la obra y de la vida del sabio Florentino Felippone. Basta su conocimiento para evidenciar la vastedad e importancia de esa labor realizada en un medio desprovisto de todo estímulo, falto de todo recurso y carente de los elementos más necesarios para iniciar una acción provechosa. Este aspecto de la vida de nuestro sabio es sencillamente admirable. Mucho fuego interior debiera tener Felippone para lograr los éxitos que han coronado su existencia. Porque solamente las grandes fuerzas espirituales pueden vencer tantos obstáculos y mantener con firmeza los idealismos que han sustentado. Su obra no ha sido sobrepasada en el Uruguay, por la extensión y por la riqueza de matices. Los que tuvimos la suerte de conocerlo y de cultivar su amistad, guardamos intacto a pesar del tiempo transcurrido desde su fallecimiento, a los 87 años de edad, el recuerdo de su figura bondadosa, expresión de una grandeza de alma excepcional, que se manifestaba en la atención cuidadosa y casi paternal que ponía en la solución de los problemas que se le presentaban. Siempre pronto a consolar, dispuesto a enseñar lo que sabía

*sin restricciones egoístas. El Uruguay le debe aún al sabio Dr. Felippone el homenaje imperecedero que se reserva para los hijos dilectos. No es una deuda de gratitud hacia el hombre de excepción, solamente, sino un reconocimiento tácito a su inmensa e inteligente labor".*²

X

Perteneció conforme lo dicho a la plana de médicos egresados el año 1883, si es de atenerse al condigno título y la tesis para optar al grado de doctor en medicina y cirugía. Por ende fueron sus compañeros los doctores Pedro Hormaeche, Santos Errandonea, Elías Regules, Ernesto Fernández Espiro, Angel Brian y Jacinto de León, con el que alcanzó el decanato a cincuenta años del egreso. El novel galeno se graduó con la tesis intitulada "Una cuestión de Higiene Pública", siendo padrino de la misma el Dr. Luis A. Fleury, y padrino de grado el colega Juan L. Héguy. Abordaba en el mismo trabajo la importancia de "La cremación y los cementerios bajo el punto de vista de la Higiene Pública". Dados los tiempos que corrían, el temario de neto orden científico era un verdadero desafío a las normas retrógradas y una voz de aliento para las generaciones venideras, de acuerdo con las normas que preconizaban los principales higienistas europeos. Con el título de referencia la tesis del doctor Felippone fue editada en Montevideo el año 1889 en la "Imprenta a vapor de "La Nación", Calle Zabala 146".

XI

El diploma otorgado por la Facultad de Medicina lleva fecha 2 de Julio de 1883, día de su expedición. Vuelto a Montevideo, en 1882, obtuvo el título de médico, siendo conforme lo dijimos el primer sanducero que alcanzó el estrado de

² BARBAGELATA BIRABÉN, Luis A.: Publicado por el Instituto de Estudios Superiores. Montevideo, 1948.

Hipócrates y Esculapio. La nutrida monografía del profesor Luis A. Barbagelata Birabén y el aporte bibliográfico consignado, inhiben repetir la dilatada labor hecha de paciencia y vocación, única en su género y en su tiempo. Es preferible hablar por consiguiente del lírico ilimitado, del sabio que vivió para la ciencia misma, dándole lo mejor del tiempo y la energía ya en años que el cuerpo envejecido pedía el merecido descanso. Sin embargo el médico apóstol, reacio a los remunerativos profesionales, el hombre aplicado a los grados inferiores zoológicos y botánicos, por irónico sino era universalista, amoroso de las masas huérfanas de apoyo social, de los humildes y aherrojados por la desventura humana. Espíritu hecho a las amplitudes siderales, consejero eficaz, aquel anciano enérgico y desenvuelto provisto del tacto más exquisito, tenía un concepto optimista de la vida. Frente a los recios problemas a veces de traza insoluble, los amigos encontraban con él una justa solución, un renovado horizonte y el sosiego de una paz, largamente esperada. En las actividades predilectas de este trabajador incansable no pasaron jamás ni el tiempo ni las obligaciones secundarias que a veces impone la gran ciudad. Cualquier asueto fue bueno para incursionar el campo, la costa o cualquier laguna en búsqueda del molusco, criptógamas o el hongo no clasificado. Así lo vieron en nuestro Departamento recorriendo los albardones de Sacra o las espesuras de La Bolsa – ahora raleada por la tala – en procura de materiales que engrosaron colecciones de fama universal, y origen además de múltiple correspondencia cambiada con otros estudiosos interesados en conocer el Uruguay a través de tan rara disciplina.

Hickens, H. von Ihering, Zahlbruckner, Saccardo, Rolando de Bonaparte y el Príncipe de Mónaco fundador del célebre Museo Oceanográfico – todos colaboradores del Dr. Felippone y éste a su vez solícito contribuyente de lo nuestro, aquilataron en la extensa e insuperada obra, el cabal valimiento del especialista. Sólo caben al azar algunos nombres de resonancia universal, efigies barbadas unas,

peculiares otras que presidían la sala de estudio en la calle Tristán Narvaja, última residencia del sabio. Rodeado de sus libros predilectos, algunos óleos de Blanes – recuerdos del artista amigo – y las colecciones que merecen especial mención, la vida del ilustre coterráneo se hizo más llevadera con el peso de los años.

XII

Médico forense durante seis lustros, colectó en un desván, todos los elementos criminales a su alcance, objetos cuidadosamente clasificados, luego póstuma donación originaria del Museo Policial. Entre tanta pieza macabra, existían las balas trágicas que sellaron el destino de Enrique Job Reyes y Delmira Agustini. Nuestro Liceo recibió a su vez el acervo zoológico resultancia de incansable labor, dispuesto sobre campo donde casi nadie practica disciplina erizada de inconvenientes técnicos.

XIII

Inmovilizado en los últimos tiempos por una hemiplejía, el dolor físico no impedía traslucir la infinita bondad, la cariñosa solicitud para quienes se allegaban en el trance final. Cerca, dos hijas abnegadas – Sara y María Esther – con la unción filial de los relatos heroicos velaron el sueño paterno hasta la hora decisiva de aquella vida ejemplar apagada a los 87 años. En su centenario, la ciudad entera honró la memoria de uno de sus hijos más preclaros con el fervor inmutable que merecen los grandes maestros de la cultura universal. Este sabio conterráneo desposó con doña Bibiana Medina, oriunda de Montevideo, hija del súbdito vasco Juan Medina y doña Bibiana Luna. Fueron sus vástagos: Sara, Elena, Florentino, Jaime, Alberto, María Esther, Oscar y Alicia Felippone. Casi todos fallecieron en plena juventud, quedando sucesión únicamente de Alberto Felippone y doña Esperanza Rebollo, padres de Alicia Felippone Rebollo.